

**UNA FUGAZ FIDELIDAD AMERICANA
EN LA AGONÍA DEL IMPERIO**

*Comunicación del académico Eduardo Martíre
en sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, 11 de octubre de 2009*

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de abril de 2010.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2009 / 2010**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSI
Vicepresidente . . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protesorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Ezequiel GALLO	10-07-85	Vicente López y Planes
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA.....	27-11-02	Carlos Pellegrini
Dr. Miguel M. PADILLA.....	24-09-03	Bartolomé Mitre
Sr. Jorge Emilio GALLARDO.....	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Pedro J. FRÍAS
Dr. Carlos María BIDEGAIN

UNA FUGAZ FIDELIDAD AMERICANA EN LA AGONÍA DEL IMPERIO

Por el académico Dr. EDUARDO MARTIRÉ

En los primeros años del siglo XIX España y América serán sacudidas por acontecimientos extraordinarios. El inmenso imperio dejado al comenzar el siglo anterior por Carlos II a la Casa de Borbón, se sumergirá en una crisis inédita y concluirá pocos años más tarde perdiéndose irremisiblemente.

La suerte de la España colonial estaba echada desde décadas atrás, pero entonces se produjo el estallido. La pareja reinante Carlos IV y María Luisa de Parma habían entregado las riendas de su gobierno y de su corazón a un mozalbete de poco más de veinte años, Manuel Godoy, al que conocieron cuando eran herederos del trono, príncipes de Asturias, y les servía en el regimiento de su guardia de corps. A poco tiempo de asumir el trono Carlos IV, a la muerte de su padre en 1788, fueron despedidos los ministros heredados de Carlos III y en decisión plenamente compartida por el rey y la reina, se llevó a Manuel Godoy al lado del trono como principal ministro del reino, en quien fueron acumulándose cargos y distinciones hasta poner en sus manos al cabo de pocos años el lleno de los asuntos de estado de España y de sus dominios, para terminar formando con él —como escandalosamente sostendría la

reina en carta al propio Godoy— “la Trinidad en la tierra”. Enaltecido y cubierto de honores, Duque de la Alcudía, Príncipe de la Paz, principal Ministro, Generalísimo y Almirante del Reino, no quedó ramo del gobierno que no controlase. Tenía corte propia y multitud de gentes que le rendían pleitesía y que se beneficiaban con su cercanía, pero carecía de partido, salvo la pareja real. En América sus parientes y apaniguados cubrían todos los altos cargos y aun se murmuraba que había algún virrey que partía su sueldo con el favorito. Pero hay aún más, como si todo ello no fuese suficiente para encumbrar al antiguo guardia de corps y escandalizar a la Corte y al pueblo mismo, la reina, con acuerdo de Carlos IV, dispuso casar a Godoy con una prima hermana del rey, María Teresa de Borbón y Villabriga, Condesa de Chinchón, hija del Infante Don Luis, hermano de Carlos III, y por tanto, tío del rey, haciéndolo ingresar de ese modo y por derecho conyugal a la familia real, ante una Corte estupefacta. En los mentideros de Madrid se preguntaban alarmados si con ese casamiento no se estaría preparando la desviación de la sucesión legítima de la Corona, para dejar de lado al incómodo opositor Fernando Príncipe de Asturias y entregarla al encumbrado Godoy.

No se necesitaba mucho más para hacer blanco a Godoy de las más aceradas críticas y a erigirlo como el gran responsable de las desgracias de España, que por entonces eran muchas: sus finanzas destrozadas, su flota echa añicos en Trafalgar, y con ello la pérdida del control del mar y de las inmensas colonias de América y Asia, presas apetecibles desde antiguo de Francia y de otras potencias europeas. Godoy había sujeto España a los intereses de Francia para sostenerse él mismo en una Europa que se rendía al corso genial. Había pactado el pago de un abultado tributo para mantener a España neutral de las guerras napoleónicas (Se fijó en seis millones de libras en 1802 luego de la guerra contra Portugal), lo que no impidió a Francia emplear las fuerzas españolas contra Inglaterra, su principal enemiga.

Todo ello ocurría cuando el mundo se conmovía hasta sus cimientos con la Revolución Francesa y América era escenario de la lucha por la independencia de las colonias inglesas del Norte, en tanto bullían en ambos mundos las corrientes ideológicas disociadoras del *ancien régime* que venían preconizando los enciclopedistas desde tiempo atrás y que habían elegido a España y sus colonias como el modelo aborrecido, el ejemplo de lo que no debía ser en el mundo ilustrado de su tiempo.

Quienes en España se oponían a la política llevada adelante por Godoy con acuerdo de los reyes, tenían por cabeza al heredero del trono, el Príncipe de Asturias Fernando y su “camarilla”, que integraba en primer término su mujer María Antonia de las Dos Sicilias, cuya madre María Carolina de Austria era su principal animadora. Esta poderosa corriente opositora sumaba adeptos a medida que se encumbraba a Godoy y se apartaba de los asuntos de gobierno al heredero, Fernando, que conspiraba abiertamente contra sus padres. Descubierta un complot de vastas ramificaciones en la Corte, se lo sometió a proceso que sustanció el Director del Consejo de Castilla y que después de muchas largas al asunto, quedó en nada. El fracaso del llamado proceso de El Escorial, aumentó su popularidad y por fin el motín de Aranjuez a las puertas del palacio real, ocurrido el 19 marzo de 1808 y promovido por la “camarilla” del Príncipe, obligó a Carlos IV, a abdicar la Corona en Fernando. El nuevo rey surgido del motín, Fernando VII, asumiría el trono en medio de escenas de fervor popular y franco rechazo al gobierno anterior. Al mismo tiempo Napoleón aprovechaba la crisis ordenando al Gran Duque de Berg, su cuñado Joaquín Murat, ocupar militarmente España. Los sucesos que siguen no por conocidos pueden obviarse. Napoleón se convierte en el árbitro de la situación ya que los viejos reyes acuden a Bonaparte para denunciar por nula la forzada renuncia ante su aliado, al “amo de Europa”. El Emperador soluciona el problema familiar sin hesitación: expulsa a los Borbones de España e impone en el

trono usurpado a su hermano José. Fernando VII pierde así abruptamente la Corona recién lograda para pasar a ser prisionero de Napoleón en Valençay.

¿España ha terminado su vida soberana, como había ocurrido a otros países europeos? Las fuerzas de resistencia se agruparon detrás de unas Juntas provinciales primero y de la Junta Suprema Central constituida en Aranjuez, después, que desaparecerá para dar cabida a la formación apresurada de un Consejo de Regencia, acorralados los españoles por las fuerzas francesas en la Isla de León.

América ha seguido los acontecimientos con asombro y honda preocupación. Invasida por noticias contradictorias provenientes del gobierno de ocupación y de las autoridades españolas, o a través de Gacetas inglesas o traídas por otros barcos extranjeros. Ha sabido sin embargo ver bajo la bruma el camino a seguir.

A pesar de estar al cabo de ultrajes y agravios, de ver alejado a sus hijos de los cargos y dignidades públicas, de comprobar que eran pospuestos sus intereses por los metropolitanos y de soportar una voracidad fiscal desconocida hasta entonces, especialmente acentuada durante el gobierno de Carlos III y continuada con iguales o mayores bríos por Carlos IV, no ha negado su fidelidad a su soberano, y sin perjuicio del torrente de ideas que bullen en estos territorios, le ha jurado obediencia y lealtad y ha aceptado el gobierno provisorio, primero a la Junta de Sevilla, después a la Junta Central, erigidas en la Península en resguardo de la soberanía de Fernando VII. Ha apoyado la guerra contra el invasor enviando dinero y recursos para sostenerla.

Podríamos decir que ha quedado expectante ya que ha vislumbrado una nueva esperanzada de lograr una nueva unión con la madre patria, atada con nuevos vínculos, distintos de la coacción, la exacción fiscal y la preeminencia de todo lo peninsular sobre lo americano, que eran los extremos con que se gobernaban las

Indias desde la llegada de los Borbones en 1700. En el firmamento metropolitano ha aparecido una última oportunidad para América, aun para aquellos que consideraban ya insoportable el régimen vigente y abrazaban ideas disociadoras. Esa oportunidad podía llamarse Fernando VII.

Así como en Europa los españoles habían exigido un cambio de gobierno que se produciría con la llegada al trono de Fernando VII, cabecilla visible de la más dura oposición a la política anterior, también aquí, los americanos, ante la grave situación que se vive en España, de la que pronto tienen acabado conocimiento, adherirán a la suerte de su nuevo soberano, ese “deseado” Fernando VII, tan deseado y desconocido en España como en América.

Por ello aceptaron el gobierno provisorio español que decía representarlo. Por ello rechazaron el ofrecimiento napoleónico de reconocer a la nueva dinastía intrusa que se apoderaba de la Península. Por ello no aceptaron la dependencia que les ofrecía la Infanta Carlota Joaquina, hija de Carlos IV y hermana del rey preso, de someterse a unos Borbones de cuño lusitano.

Sólo cuando América se sintió librada a su propia suerte se rompieron los lazos de unión. La vieja Metrópoli absolutista o liberal, desaparecía en manos de Napoleón y los territorios de ultramar eran acechados por Francia, Portugal, Inglaterra y aun los Estados Unidos de Norteamérica, que ofrecían en unos casos una nueva anexión o bien una dependencia de nuevas características o en fin una suerte de libertad garantida. Los términos con que se expresan los firmantes del petitorio elevado al virrey de Buenos Aires el 22 de junio de 1810 en demanda de cabildo abierto son más que elocuentes. Lo piden “para tratar sobre la incertidumbre de la suerte de las Américas en el caso, **que ya se creía llegado**, de haberse perdido la España y caducado su Gobierno”¹.

¹ Cit. por ROBERTO H. MARFANY, *Episodios de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1966, p.11.

Un poco antes, cuando asumía Fernando el trono como resultado de Aranjuez, toda América le había prestado entusiasta acatamiento, aun y a pesar de las noticias del opresor francés y de las circunstancias irregulares de la sucesión. Lo juraron como su nuevo rey en medio de ceremonias de espontáneo calor popular y grandes muestras de alegría, motivadas por un lado, por la salida del odiado Godoy y por el otro por la llegada del “deseado” Fernando VII.

El nuevo monarca podía ser (debía ser) garantía de un obrar honesto, respetuoso de las mejores tradiciones hispánicas, independiente de la nefasta influencia francesa, a quien se había entregado el país todo y en lo inmediato aseguraba la permanencia de la familia Real en España y el abandono del proyecto godoyista de su traslado a México, para huir de Napoleón, como habían hecho los Braganzas en Portugal, ya que el Emperador estaba decidido a terminar con las casas reinantes de ambos países.

Si nada se sabía realmente de la política que inauguraría “el deseado”, no se dudaba en cambio que sería diametralmente opuesta a la de Godoy y los viejos reyes, y eso era ya en sí mismo un hecho auspicioso, no sólo para los españoles europeos sino también para los americanos, cuyos gobernantes eran todos hechura del Ministro, o al menos a quien debían su nombramiento.

El motín que había llevado al trono a Fernando, arrebatando por la fuerza la Corona a su padre en Aranjuez, más que un movimiento sedicioso era juzgado como un acto de restauración².

¿Por qué entonces debía dudarse de que el nuevo monarca no fuese también un padre comprensivo que se apartase de la política anterior de sujeción y sometimiento y de apetito fiscal inagotable?

Aún se sufría en las Indias el último ucase del gobierno de Carlos IV, para prueba de que las líneas maestras no cambiaban.

² FRANCISCO XAVIER GUERRA, *Modernidad e independencia*, Madrid, 1992, p.28.

Eran los decretos de diciembre del año cuatro de desamortización de los bienes eclesiásticos (tomando ejemplo de lo ocurrido en España cinco años atrás). Con el pretexto de rescatar los Bonos Reales emitidos, pero en realidad para pagar a Napoleón los abultados derechos que le imponía su neutralidad en la guerra y sostener además la alicaída economía y las finanzas en crisis de España. Se echaba manos ahora a los bienes de obras pías y de misericordia, disponiendo la venta forzosa de todos los inmuebles que pertenecieran a ellas para pasar su importe a la Corona, quien pagaría un rédito por ellos. De esta manera no solo se resolvía el desposeimiento de la Iglesia, principal propietaria de esos bienes, sino que se segaba una fuente secular de auxilio y crédito para grandes y pequeños productores, que encontraban en esa fuente un préstamo generoso a bajo interés con que paliar sus necesidades. En suma una nueva exacción fiscal que afectaba a la generalidad de los americanos, no solo a los que se dedicaban a una actividad productiva, sino a muchos más, incluso y en general, a gente de baja condición social que fiaban su subsistencia en esos recursos más caritativos que económicos.

El abatimiento de la administración de Carlos IV y el Príncipe de la Paz no podía caer mal en estos territorios y Fernando, que era el campeón del partido opositor al gobierno, no podía verse sino como esperanza de una nueva política. No puede parecer extraño por tanto la espontánea adhesión de América al nuevo rey.

Los ejemplos de esa adhesión fernandina son varios, no muchos por cuanto el tiempo transcurrido desde la asunción de Fernando y su prisión en territorio francés fue muy breve. Tampoco no se tardó en advertir en América que las autoridades peninsulares que decían asumir la representación del rey prisionero, obraban con un metropolitanismo sorprendentemente parecido, sino idéntico, al que ejercieron los Borbones antes de la invasión napoleónica, a pesar de las soflamas de igualdad y especial consideración que nutrían las proclamas oficiales.

Pero hasta tanto quedó claro esa identidad de miras entre peninsulares y americanos, ambos apoyaron al nuevo rey.

Hubo manifestaciones americanas de apoyo en la misma Madrid el 23 de agosto del fatídico año ocho, cuando asumió Fernando VII, como la del peruano Tadeo Bravo de Ribera, representante de la ciudad de Lima ante la corte, que engalanó su balcón con retrato y carteles de elogio al nuevo monarca, también existieron americanos como nuestro José de San Martín que con el grado de Capitán integró las fuerzas del General Castaños que se batieron exitosamente en la batalla de Bailén, dando ánimo a los españoles que resistían la invasión francesa.

Cuando Fernando fue conducido con engañosas promesas de Napoleón a la ciudad de Bayona, obligado a abdicar y enviado preso a Valençay, conservó consigo durante la prisión a un puñado de sus partidarios más incondicionales, leales a su persona, hasta en esas penosas circunstancias.

Pues bien entre ese pequeño grupo se destacaban tres criollos de rancio origen: El galante Duque de San Carlos, nacido en Lima, hijo y nieto de criollos, que se constituyó en el principal intermediario entre el rey y Bonaparte, y quien en suma firmó con La Forest en 1813, el acuerdo que llevó a la liberación de Fernando VII y a su reposición en el trono. El monarca, ya liberado, lo nombró Presidente de su Consejo de Ministros.

Otro criollo distinguido fue el Duque de Feria, también peruano, venía de ser gentilhombre del Infante don Carlos, murió al servicio de Fernando como Mariscal de Campo.

Por fin la figura más importante de todo el conjunto de incondicionales del rey cautivo, ya fuesen peninsulares o americanos, fue su confesor, figura clave en todo grupo político. Se trataba del culto canónigo Blas de Ostolaza, nacido en la ciudad peruana de Trujillo. Era la figura más eminente de los que acompañaron a Fernando en su prisión.

Esta presencia americana en tan restringido grupo de leales al rey me parece que autoriza a meditar sobre la adhesión de un significativo sector de criollos hacia el nuevo monarca, de los cuales estos distinguidos personajes no serían más que una muestra, según venimos explicando.

Como hemos dicho más atrás, la llegada de la noticia de la coronación de Fernando VII produjo general aceptación y beneplácito, aun cuando la asunción de José Bonaparte al trono por imposición de Napoleón, que se conoció casi simultáneamente, preñaba de inquietud los ánimos. Sin embargo y luego de algún desconcierto, en toda América se prestó juramento al monarca que se consideró legítimo, Fernando VII. No conozco ninguna ciudad de América en donde se hubiese siquiera cuestionado la asunción de Fernando al trono y aún más, en todas se registran grandes pruebas de alegría y alborozo, acompañando los festejos oficiales que en todas ellas se organizaron.

Y podemos contar con una víctima criolla, por lo menos, no dudamos que debió de haber más, en los sucesos del dos de mayo, cuando por la fuerza se llevó el resto a la familia real de Madrid a Bayona. La carga de los mamelucos imperiales costó la vida del arequipeño Mariano Córdoba, que estuvo entre el populacho que se opuso por la fuerza a ese traslado y fue duramente reprimido por Murat.

He querido esta tarde recordar este fugaz fidelismo americano, como la luz del fósforo que se agranda un instante antes de apagarse, porque es una muestra más de la ceguera suicida que animó a los españoles de ese tiempo, que por considerar americanos insurgentes a quienes solo aspiraban a liberarse de un régimen insoportable, manteniéndolo imperturbablemente, perdieron América.

Bueno es recordar queridos amigos esa bendita tozudez, que dio la libertad al mundo americano. Sí, bendita, como siempre fue bendita la adversidad para templar el ánimo a los espíritus libres.

OBSERVACIONES Y COMENTARIOS

presentados por los señores académicos:

Académico Jorge Reinaldo Vanossi

El académico Martiré nos ha dado una lección iluminada con tono vehemente; el tema motivaba y las circunstancias lo hacían propicio. Felicitaciones. Creo interpretar los sentimientos de todos los académicos presentes en una exposición que aclara muchas cosas y pone de relieve también muchas vicisitudes que envolvieron estos acontecimientos.

Académico Dardo Pérez Guilhou

Me parece brillante la exposición del Dr. Martiré, además compartimos en este tema las preocupaciones y estamos trabajando hace ya años, sobre lo mismo sin habernos propuesto, la revolución española y americana. De todas maneras destacaré un pequeño detalle. Estos fidelistas que actuaron al lado de Fernando VII fueron peruanos. Queridos colegas, acabo de terminar un pequeño libro sobre los enemigos de la Revolución de Mayo; he tratado en primer lugar, los que eran funcionarios reales en el Río de la Plata, como Cisneros, Zalazar, Molina, Abascal, frente a nuestra revolución. Luego, los anónimos realistas cómo vieron la Revolu-

ción y finalmente, los americanos fidelistas. En nuestro escenario político militar, los fidelistas más fuertes no son rioplatenses, no son de nuestra actual geografía, es decir, pertenecían a la amplia geografía del Virreinato de 1776. Por ejemplo, Goyeneche, quien pelea en contra de nosotros, era de Arequipa, peruano; Cañete, el gran jurista que desarrolla extensos argumentos en contra de la Revolución es de Asunción del Paraguay; Reyes, miembro de la Real Audiencia, americano que hace el voto más importante en favor de Cisneros el 22 de Mayo, era chileno. Es decir, cuando expuse la vez pasada sobre Chiclana, creo haber destacado que había una coincidencia entre los egresados –Cañete y Reyes– de la Universidad de San Felipe en Chile, que era más tradicionalista, con fuertes notas de fidelismo al monarca. Nuestra Revolución –cuando digo nuestra me refiero a la que hacemos en Buenos Aires y se extiende por todo el virreinato– fue predominantemente conducida por egresados de Charcas y de Córdoba. Los cuales tenían un pensamiento más propenso a dejarse llevar en contra del antiguo régimen. Y si bien juraron, porque es cierto lo que ha dicho el Dr. Martiré, y hemos encontrado los testimonios, en todos lados se juró fidelidad a Fernando VII, pero donde más pronto se manifestó la resistencia al monarca fue en el Río de la Plata. Cuando hablo de éste me refiero a todo el virreinato porque en esa época el Alto Perú ya pertenecía al Río de la Plata. Sobre los que estuvieron contra de la Revolución creo que debemos estar hoy alertados frente a la nueva historiografía. Las últimas investigaciones nos dicen que la Revolución no fue igual en toda América. La nuestra tiene una nota particular que no es la misma que en el Perú ni tampoco en México, ni es la misma en Colombia. Tiene notas que nos marcan y nos signan como que fue la única Revolución no dominada, que nunca fue sofocada y que peleó desde el principio hasta el final, porque todas las demás fueron dominadas. Incluso se juró en ellas la Constitución de Cádiz. Salta y Jujuy, alcanzaron a jurar la de Cádiz, por pocos días porque Belgrano tuvo su victoria en Tucumán y Salta, y lo dejó sin efecto. Hasta este

detalle. Abascal tuvo que jurar la Constitución de Cádiz y además, cumplirla en Perú; acá no hubo cumplimiento de esa constitución, sólo se la tuvo como antecedente constitucional para la Asamblea del Año XIII, en sus proyectos constitucionales. Lo estudió muy bien el Dr. Rodríguez Varela. Pero nuestra revolución nace con notas peculiares que debemos defender, no con un nacionalismo exagerado, porque en ese momento se está armando la conciencia nacional, pero sí con una peculiaridad nuestra que sirvió de modelo a toda América. Después de las invasiones inglesas toda América hablaba del grupo de Buenos Aires, de su gente, de la resistencia de Buenos Aires, y cómo la Revolución de Buenos Aires marcha siendo un modelo. Para terminar, Goyeneche, el militar de más prestigio que pelea en contra de nosotros en el Alto Perú dice: "... hay que terminar con Buenos Aires a sangre y fuego porque si no terminamos con Buenos Aires, no terminamos con la Revolución y va a tambalear todo el imperio español...", lo cual cuando uno lo lee reconforta y lo llena de orgullo ver la tozudez, que opusimos nosotros, los rioplatenses, a la tozudez realista.

Académico Eduardo Martiré

Efectivamente es como dice el Dr. Dardo Pérez Guilhou porque en esto él es maestro. Abrí mi entendimiento después de leer su magnífico trabajo sobre la consulta al país, porque estos tozudos españoles después de declarar que los americanos eran iguales a los españoles, que formaban todos una misma nación, tenían los mismos derechos, que se terminaban los ministros despotas en alusión a Godoy, que ahora iba a haber una sociedad común de americanos y españoles, decretan una consulta al país para ver qué hacen con América, en efecto entre lo que se consultaba figuraba qué lugar le correspondería a América en la nueva Constitución, una cosa indignante. Y es cierto que Buenos Aires tuvo una bendición de Dios, se dio cuenta antes, se dio cuenta –siempre lo recuerdo cada vez que me ocupo del tema– que (según un re-

frán español) nadie come gallina gorda por mano ajena, es decir déjennos a nosotros criar la gallina y engordarla, ustedes engorden la suya. Esa afirmación porteña fue una definición y no se bajaron de ésa. Así como era bendita la tozudez de los que nos perseguían, era bendita la tozudez de los argentinos. Y tengo que decir con perdón de los demás pueblos americanos, que en esa tozudez los porteños tuvieron una presencia única.

Académico Dardo Pérez Guilhou

Ustedes saben bien que en alguna medida me he declarado –digo en alguna medida porque éstas no son adhesiones totales; ninguno de nosotros las tiene– discípulo de Pérez Amuchástegui, quien inició un nuevo movimiento revisionista de la historia argentina, que consistía en revisar nuestra historia desde el Interior, que lo nacional no se podía ver si no lo veíamos también desde allí. Soy entusiasta de ello, e incluso más, de los libros que he escrito, la mitad están dedicados a este enfoque de la historia institucional del interior, pero creo que en este tema, como decía mi maestro Enrique Barba, los porteños son los que en un principio detentan la conducción y la llevan adelante. Los porteños son los que inician con firmeza el proceso. Le comentaba vez pasada a Botana –y ustedes me disculparán las palabras– cómo estaba medido el odio ya a la dinastía española en plena revolución, que hay un anónimo realista, escrito a los pocos días de la Revolución de Mayo, un anónimo de españoles fieles al monarca que dice: “no queremos reina puta ni tampoco rey cabrón, no queremos que nos gobierne esa infame y vil nación”. Esto lo denuncian como lo que se cantaba en las tabernas de Buenos Aires, en junio de 1810. Es decir, hay una suerte de conciencia, que lo ha trabajado el académico Martiré sobre la *criollofobia*. Hay una cierta conciencia desarrollada de este tema “la criollofobia”, que en el Río de la Plata tiene una nota muy particular y muy singular que impulsa y da fuerza a la revolución, y da fuerza a Belgrano, y da fuerza a

Pueyrredón, a los que tienen que ir al norte. Incluso da fuerza para crear la bandera nacional desobedeciendo instrucciones. Y ya en 1812 tenemos bandera nacional para diferenciarnos del resto de las naciones del globo, lo dice Belgrano. Y a principios de 1812, Belgrano crea la escarapela nacional, lo cual significaba una señal de rebelión nacional. Para terminar, creo que tiene razón Fernández Segado, colega constitucionalista español, cuando ha escrito un libro muy importante sobre “Historia de la constitución histórica española”. Los españoles no sólo nos contagiaron la crítica al sistema, al régimen político sino que nos contagiaron el patriotismo, porque la reacción de España en contra de Napoleón es la única reacción nacionalista europea, por eso es la que resiste y no es derrotada nunca, las otras fueron derrotadas con más facilidad porque fueron ejércitos reales no comprometidos con el pueblo, en cambio España reaccionó nacionalmente. Esto lo estudió muy bien el alemán Richard Konetke sobre el nacionalismo español como modelo del resto de Europa para pelear contra Napoleón. Y nos contagiaron el patriotismo. Además, ya habían llegado los prerrománticos nacionalistas al Río de la Plata; estaban en las bibliotecas de Buenos Aires, ni en Chile, ni en Perú, estaban en las bibliotecas del Alto Perú en Charcas y en el Río de la Plata. Toda la literatura prerromántica, que era una exaltación del nacionalismo, que es lo que singulariza la Revolución de Mayo, y de ahí por qué es difícil dominarla. Este entusiasmo que muestro, muestra de patriotismo con notas académicas, se debe a que creo que tenemos que hacer una revaloración, sobre todo en este momento, que ya se ha desatado un movimiento crítico donde la Revolución de Mayo no cuenta; cuenta a partir del 9 de julio de 1816, mayo cuenta poco, que fue iniciación de una guerra civil nada más, en cambio, el 9 de Julio declaramos la independencia. No tengo ninguna duda de que el propósito independentista está marcado por el 25 de Mayo de 1810.

Académico Manuel Solanet

Felicito al Dr. Martiré porque realmente ha puesto entusiasmo en su versión del fidelismo a Fernando VII en los prolegómenos de la Revolución de Mayo. La palabra fidelismo, así como por ejemplo “economicismo” califican un desvío. Creo que hay que hacer justicia con la palabra “fidelidad” que configura un valor positivo. No se ha mencionado acá, y me quiero referir a Santiago de Liniers.

Santiago de Liniers como héroe de las invasiones inglesas asume como virrey, tal vez a diferencia de los anteriores y del último y posterior Cisneros, fue una designación casi de hecho, pero fue virrey. No siéndolo ya, se produce la Revolución de Mayo y estando él retirado en Alta Gracia en Córdoba, hace una expresión de fidelidad, que creo que tenemos destacar y homenajear por más que haya sido en ese momento enemigo de la Revolución de Mayo. Santiago de Liniers estaba radicado hacía muchos años, su mujer y su suegro eran criollos. Cuando este último conoce la actitud de Liniers de fidelidad a Fernando VII, le envía una carta pidiéndole que decline su actitud en beneficio de él mismo y de sus hijos. Hay una respuesta de Liniers que vale la pena tener en cuenta, que es a mi juicio una de las máximas expresiones de lealtad de una persona en momentos tan críticos. Por cierto que la intención de Liniers de constituir un ejército para resistirse a la Revolución de Mayo fracasó porque no estaban los vientos para eso. El clima era, tal como lo sabemos, un clima de independencia que estaba extendido en nuestro territorio. Liniers fue apresado, y después de varios días y resistiéndose el pelotón y quienes lo comandaban a cumplir la orden previa de fusilamiento, es finalmente fusilado en Cruz Alta con otras cinco personas. Sólo se perdona al Obispo Orellana por su calidad de sacerdote.

Tenemos que destacar y recordar la falta de reconocimiento por muchos años del verdadero valor de la lealtad, seguramente por el empeño de justificar su fusilamiento como elemento disuasivo para cualquier otro levantamiento.

Tuvo que ir el propio Castelli hasta Cruz Alta para hacer cumplir esa orden. Creo que como Liniers, hubo otros que fueron fieles a su rey, entre ellos algunos miembros del cabildo que habiendo sido funcionarios de la corona siguieron en funciones después de la Revolución de Mayo. Pero en octubre de 1810 también fueron destituidos, acusándoseles de haber jurado en secreto su pleitesía a la Junta de Sevilla. Luego fueron desterrados hacia ciudades del interior.

Algunos fieles al rey seguramente lo hicieron a destiempo, pero hay que reconocer que la Revolución de Mayo, que decretó nuestra independencia y no tengo más que adherirme y alegrarme de que así haya sido, dejó de un lado y otro a personas que lucharon por lo suyo. Pongo este tono para que no nos hagamos cargo de expresiones que pueden ser duras para quienes deben estar en nuestra memoria como adversarios, se que también enemigos, pero que en su momento dieron muestras de una fidelidad que creo debe ser destacada.

Académico Jorge Reinaldo Vanossi

Quiero subrayar que, además del sentido ínsitamente independentista que está ahí, subyacente en la propia Revolución de Mayo, está también el embrión del republicanismo que recién se definió diez años después. Porque la Constitución del 19 tampoco definía bien las cosas; recién con la caída del directorio y de los sucesos del 20 quedó la forma republicana como algo que ya no se discutía.

Quedaba pendiente el tema de unidad o federación, pero si uno analiza los fundamentos del decreto de supresión de honores y algunos otros documentos liminares de Mayo, más los de la Asamblea del año 13 que son de sustancia y de espíritu republicano sin ninguna duda, no se lo podía decir abiertamente, pero se estaban dando los presupuestos de la forma republicana de gobierno, sobre

todo en materia de igualdad ante la ley, es notable porque indica ese coraje porteño –como lo llama Martíre– pero que no hay que renegar de eso.

Académico Eduardo Martíre

La Revolución de Mayo fue una “revolución”, no se crean que fue una discusión de oposición civil dentro de un país, fue una “revolución” y lo que pasó en Cruz Alta y lo de “clamor” es la prueba más evidente. A Liniers había que matarlo, no podía un líder como Liniers encabezar un movimiento contrarrevolucionario. Porque la Revolución de Mayo, entendámoslo bien, era una revolución con toda la dureza, la ferocidad que tienen las revoluciones, y los años posteriores lo demuestran cabalmente, es decir nuestro país nace en el año ‘10, todos se jugaban la cabeza, no había ninguna duda, todos esos señores que estaban allí, que impusieron y formaron aquella primera junta revolucionaria, no con el virrey de presidente. Todos irían a la horca o les cortaban la cabeza, eso ya estaba decidido, y así también estaban decididos ellos... a cortarle la cabeza a los que se opusieran a la revolución. Es una revolución, no es una guerra civil, es una revolución porque hay un hartazgo hacia un gobierno que no nos entiende y que no nos quiere entender.

Académico Dardo Pérez Guilhou

Es vencer o morir, no hay que olvidarse que el fusilamiento de Liniers está explicado, en buena medida, por los fusilamientos que acababa de hacer Cisneros en el Alto Perú con los que se levantaron en La Paz. Es más, uno de los cabildantes, desde el 22 de mayo, Francisco Planes, pide que no solamente cese el virrey en el poder, sino que se le haga juicio de residencia por lo que ha provocado con dichos fusilamientos. Sin estos hechos, quién sabe si

se hubiera llegado a fusilar a Liniers porque era muy respetado y muy querido y hubiera sido un verdadero caudillo. A Liniers no lo podemos acusar de traidor como sí a Goyeneche, porque Liniers no es americano y Goyeneche sí, y además su padre está radicado en América que lo mandó a estudiar como un “niño bien” a España para que mejorara su cultura, en cambio Liniers no es el caso, es una víctima de la revolución y de su propia fidelidad al rey, cosa que muchos no cumplieron y se dieron vuelta inmediatamente; en el Río de la Plata fue notable. El padre Grenon ha estudiado las listas de quienes fueron los fidelistas en el Río de la Plata. No hay ninguno importante, ninguno destacado, ningún americano que se haya plegado al rey, los más importantes se escondieron, o prestaron consenso a la Revolución, no la resistieron. Creo que por eso es muy singular el proceso rioplatense e incluso lo debemos defender con orgullo, sin restarle mérito a los otros americanos por cierto, el caso de Caracas, fue de los primeros que hizo su revolución y constitución.